

Ediciones Casa de Barro 2019

Felices Escrituras

Edición: Cristián Cruz

Comité editorial: Nelson Paredes, Marco López,
Camilo Muró y Cristián Cruz.

Corrección: Nelson Paredes.

Diseño y diagramación: Alex Pérez.

R.P.I. N°: 305769

ISBN: 978-956-398-978-6

Poetas Chilenos
Pensando una Provincia
Muestra Poética

Felices Escrituras

Edición
Cristian Cruz



Ediciones Casa de Barro

A manera de presentación

La poesía consigue aunar ideas y descartar los antivalores de la modernidad y el consumo. En estas páginas los poetas convocados escriben un manifiesto coral e impuro respecto de una actitud territorial y autoformación ética con la escritura. Se ha dicho que es un refrito tratar los temas de la provincia, que no tiene caso hacer patente la existencia de una literatura fuera del o los Centros, que la invisibilidad de obras y autores ya no es tal en esta era digital. Pero no estamos seguros de aquello. Creemos, más bien, que la provincia es una idea en movimiento, un contexto de creación y no un pretexto para abandonarse al sol o la lluvia, el vacío o el desgano. Este libro apuesta a desentrañar el pensamiento de autores que han desarrollado su escritura en un territorio otro. Con redes sociales o redes de pescar, con estaciones de trenes abandonadas, con valles o ríos secos o caudalosos, con mantas de castilla y mucho brebaje mestizo. Felices Escrituras es la concien-

cia de un estado de cosas, quizás de un sentimiento de postergación o auto-marginación, de una opción deseada o deseable, de una utopía no escrita, una fábula. Una obra, en suma, construida de retazos, de sobrevivencias, de voces de aquí y de allá.

Casa de Barro ha querido realizar este viaje por los territorios, visitar a estos autores que también se han hospedado en ella y constatar su estado de salud y vitalidad poética.

El Editor

Pensando una Provincia

Ricardo Herrera

El hombre invisible

La experiencia de un escritor es, en primer lugar, la experiencia de su soledad, de sus lecturas y su escritura como *el hombre invisible*. Sobre esa primera condición (personaje de ficción de una novela de Wells o Vila Matas cuyo tema es la vida de un poeta en provincia) me gustaría reflexionar, pero también sobre las situaciones contextuales que le obligan (si es que lo obligan) a salir de ese cómodo y grato anonimato y aparecer (caldera o surrealismo), ser parte (puntillismo y antipoesía) o transformarse en simple observador cansado (realismo sucio y plano secuencia) de una determinada escena literaria o tiempo sincrónico.

Quiero partir de la idea que la difusión o conocimiento de la obra de un autor en un tiempo y espacio acotado, en muchos casos, no dice o tiene relación con la calidad de esa obra. En ese sentido, es inoficioso que el escritor viva en la esquizofrenia de la visibilidad, a menos que se haya equivocado

de trabajo o, en el mejor de los casos, la literatura le sirva para viajar, para hacer dinero, para habitar una supuesta sociabilidad literaria. En general no es así, por supuesto, y el escritor es un ave rara que nunca logra instalarse, a veces ni siquiera entre sus pares. Ganarse la vida, en todas sus connotaciones, es el gran problema del artista cachorro, rabioso, zen, anciano. En Confesiones de un artista de mierda, Dick lo dice de mejor manera: *Estoy hecho de agua. Jamás se darán cuenta de ello, porque la tengo contenida. También mis amigos están hechos de agua. Todos. Para nosotros, el problema no solo radica en que debemos andar sin ser absorbidos por la tierra, sino que debemos ganarnos la vida.*

Comencé a deslizarme por la ciudad, escribiendo mi Manual de filosofía para las ratas, primero en el taller literario del liceo A 28, hoy liceo Neruda. Luego instalé mi madriguera en Valdivia, en la Universidad Austral. Más tarde en la ciudad de San Felipe (donde viví tres años) y en la cual compartí con un interesante grupo de escritores, entre ellos Cristian

Cruz, Camilo Muró, Carlos Hernández, Patricio Serey, Felipe Moncada, los dos últimos viviendo hoy en Valparaíso y editores de Ediciones Inubicalistas.

La poesía en ese tiempo me interesaba como forma de conocimiento y relación con el mundo, la irrealidad y el tiempo. En la Austral formábamos un grupo de cinco amigos y amigas que nunca fundamos nada, ni una revista, ni un grupo estable. Nuestras reuniones eran para beber, escuchar música y cantar, leer nuestros poemas. Valdivia era (siempre ha sido) una ciudad de una gran efervescencia cultural. Se organizaban lecturas, encuentros intergeneracionales, conocías escritores en residencia. Y también sobrevolaba toda la escena, no solo el grupo Trilce, no solo el recuerdo de Luis Oyarzún, no solo el grupo Matra o Índice, no solo la figura de Jorge Torres Ulloa, sino también la pregunta sobre qué queríamos hacer con este trabajo con las palabras, hacia dónde ir cuando han cerrado todos los bares y todos los libros.

Me parece que todo buen escritor merece que su trabajo sea reconocido

y criticado pero eso es, en muchas ocasiones, ajeno a su voluntad. La poesía chilena, y la crítica de poesía, han derivado en un juego de influencias y favores donde se reparten las migajas de un canon haraposo. Cómo conciliar ese autismo que toda escritura requiere con ese puente tendido hacia el necesario diálogo será siempre un desafío que los escritores deberán sortear, enfrentando los ataques de quienes los acusen ya sea por su ausencia de los escenarios o por su excesiva exposición mediática. No debería molestarnos lo que hace el otro. Ni siquiera lo que escribe. A raíz de la intolerancia de la sociedad literaria chilena, donde todos se creen Lastarria y las disidencias y poéticas disímiles apenas se soportan, Gonzalo Millán la contrasta con la sociedad yanqui, donde lo normal es la otredad. Nos cambiaron el país, es cierto. Nos destruyeron el país los orangutanes de las botas y el pensamiento milico. Y estamos a años luz de reconstruirlo. Qué rol juegan los escritores en esta reconstrucción? No lo sé, pero se me ocurre una respuesta mezcla

de Prodan y Vicky, Cristina y Barcelona: no sé lo que quiero, pero sé lo que no quiero.

Los escritores no son mendigos estatales, ni publicistas literarios, ni artistas de circo, ni estrellas de rock, ni lobistas editoriales, ni embajadores culturales, ni pordioseros a las afueras de un bar, aunque en este país parece (siguiendo la idea de Millán) que todas las anteriores son absolutamente posibles.

Volví a Temuco hace algunos años, luego de vivir más de 12 en Carahue. Allí conocí la obra de Pedro Fuentes Riquelme, leí a Eliana Navarro, encontré El piano Silvestre de Iván Teillier en la Biblioteca Municipal Gilberto Catalán. Me hice amigo de José Carmona, Pedro Carrillo, de Jorge Riquelme. Celebré el Día del Libro con las maravillosas integrantes del colectivo poético Gotitas de lluvia. Entre Carahue y Teodoro Schmidt escribí la gran mayoría de mis libros, sin beca ni vaca, al decir de Ricardo Zelarayán.

Elegí la provincia como quien elige un destino, casi sin opciones. No voy a

vender el cuento de que fue una opción. Al menos en mi caso. O lo fue? No lo tengo claro. Pero me fui quedando en pequeños pueblos, como profesor y escritor casi secreto. O escritor, primero, y luego profesor secreto. Pero tampoco nada bucólico, nada Guy Cadou. Pero recuerdo cuando arribé a Nehuentúe a traficar clases por primera vez, recién entendí a cabalidad la poesía lárca, con esos gansos que me perseguían por las calles, las vacas en la plaza, los bares a la orilla del río, el pescador bebiendo su aguardiente frente al temporal recién nacido. Me quedé y desde acá proyecté mi escritura, fui cultivando la chacra, levanté un circo, construí escaleras horizontales o que solo servían para bajar a leer en subterráneos. Intenté retrasar lo más posible las teorizaciones sobre literatura. Sigo creyendo que la poesía es ante todo una forma de estar en el mundo o salirte de él. Entrar y salir a tu antojo, como Nicolino Locche o Miguel Canto. Resistir, como Azumah Nelson, apodado El profesor, que aun cayéndose en el 15 frente a Sal Sánchez sonreía

e iba al frente, porque no sabía retroceder. Salvador murió a las semanas después en su Porsche blanco y se transformó en ángel, inspirando las Alas del deseo, de Wenders y la música progresiva de Portishead en Dummy, según cuenta Beth Gibbons en una entrevista para una revista under ya desaparecida (quizás Frenzd).

Todos los que hacen bien su trabajo son invisibles, dice Casas. Y yo creo que sí, que *en una cultura que propicia la sobreexposición mediática, la invisibilidad es un don*. Todas y todos mis amigas y amigos poetas, escritores semi marginales, aleonadxs, damas y caballeros e insolentes a la par, trabajan como mujeres y hombres invisibles. Y estoy seguro no necesitan las luces ni la moda de ningún centro, descentrados y amados como les conozco y admiro. Es nuestro trabajo escribir páginas, llenar hojas en blanco con palabras que no nos avergüencen. A eso nos dedicamos y a otras cosas que sería muy largo explicar pero de las cuales dan cuenta nuestros libros, si es que no podemos hablar y no nos

cruzamos alguna vez en esta vida y nos miramos a los ojos, con ustedes, los que mojan sus pies en el río que pasa junto al ático, donde estamos a veces. Aspiro a ser el hombre invisible, entonces, ese es mi trabajo, pensar que existo, desaparecer, entrar y salir de escena.

Ismael Gavilán

Elogio del horizonte (o motivo del poema)

*No sé decir la voz del hombre aldeano
el que lleva las estrellas de bolsillos,
sólo digo, si digo, la del que fuma su soledad
entre la lluvia,
acosado en cada esquina
por el deseo absoluto de no ver los rascacielos.*

Raúl Deustua.

La provincia es la página en blanco que vuelve a su raíz cuando la escritura hace legible el horizonte de la desesperación. Es la arquitectura de la música interrumpida por el llanto que viene desde el mar como la humedad de un paisaje invisible que deletrea la imaginación después de olvidar su nombre. Es el largo rodeo que hace el sueño para sacudirse el polvo del sendero que regresa desde la noche con destino hacia otra noche. Es la transparencia del aire que Dios confunde con su propia respiración y que obedece a esas leyes olvidadas cuando dudó en crear el viejo Paraíso.

La provincia es el abismo que las aves musitan recordando el vacío inalterable en que fue escrito el poema. Es la distancia de la desolación que emerge para sí misma en la lucidez que nace del vértigo del viejo manantial. Es el resplandor del antiguo camino de tierra que, cuando niños, era asaltado por la lluvia como promesa del despojo: la piedra opaca que canta bajo el agua cuando la embriaguez del aire dibuja toda lejanía, haciendo tambalear la severidad de nuestra vieja memoria.

La provincia es la casa a donde siempre vuelves después de todos los fracasos cuando la gangrena de la vida es la vieja serpiente que te mira con ojos mutilados. Es la playa desierta de tu infancia: larga y solitaria, con esa brisa tibia que viene desde el mar junto al resplandor de un sol de sangre. Es el arrebató ciego de la ira en medio de la desolación del invierno, su fruto cuando el recuerdo anega la garganta con los restos de un naufragio. Es el aliento que se inclina sudoroso sobre

la voz que atraviesa el muro, el libro ilimitado que se abre en la pureza del ocio cuando se nos caen, inservibles, las viejas máscaras.

La provincia es el tiempo sin tiempo que se aferra a una antigua polvareda, una polvareda imaginada, antes vista, nunca propia, a veces sólo como ráfaga del sueño. Es el sigilo de una voz desgastada que trae en su vientre el tacto de los muertos, de los libros no leídos, el aroma sutil de la enmohecida enredadera. Es la ausencia que vuelve una y otra vez con la fotografía que carcome el zinc del olvido. La incertidumbre de saber quién es quién, dónde es dónde, cuál es el fantasma.

La provincia es esa noche larga, infinita, esa noche que, estremecida por el viento, invita al miedo a vivir del sereno silencio de la piel, bebiendo la leche tibia de tu hijo o agitando el pelaje del perro que, asustado, retrocede. Es la caricia que abraza el lomo de los libros con tristeza cuando su cansancio

desciende por el rostro del espejo como marea taciturna de un océano que jamás volverás a conocer. Es la inundación, el campo desollado por el agua turbia de julio. Es el ave extraviada sobre el placer de su propia ceguera. Es la mañana sin propósito que bautiza el primer instante que toca la mirada.

La provincia es la orilla de ese río invisible que juega con nuestras manos de niño cuando la imaginación nos besa con ojos cerrados. Es el sabor de la fruta que viene una y otra vez como el animal herido que rumia la compasión de nuestros labios: esa felicidad que escribe el cielo del verano con el rocío que madrugó para nacer.

Marco López Aballay

Como un animal celoso de su terruño

Mientras reflexiono acerca de los denominados “escritores de provincia” me encuentro con un puñado de conceptos acaso inútiles en el intento de dialogar con alguien que se atreva a seguirme. Lo mejor que se me ocurre es inmiscuirme en mi biblioteca -una pequeña repisa llena de libros desordenados- y comprobar una vez más que sí existen escritores provincianos; efectivamente poseo varios ejemplares con dedicatorias a mi persona por esos amigos cercanos y lejanos, poetas principalmente, que ahora los diviso un tanto desanimados o cansados de subir y bajar de esta ruleta rusa que llamamos literatura. Un concepto nada inocente al pretender nadar en ese océano de palabras que alguna vez creímos conquistar. Pero mi pequeña biblioteca suma libros y revistas en donde diviso a esos amigos literarios que me hacen señas con sus manos secas. Textos- autoeditados o de pequeñas editoriales- que proliferan en un mapa inexistente donde el viaje hacia el futu-

ro es una incógnita que acaricia sus hojas amarillas. Eso imagino cuando trato de conectar esos libros con lectores que de tanto hojear el poemario terminan bebiendo con el poeta en un restaurante que huele a cazuela o fritanga.

Ese escritor de provincia es profesor, contador auditor, técnico agrícola, y en el mejor de los casos ha logrado un puesto en el Departamento de Cultura del municipio local o en la biblioteca del pueblo. Aunque hay otros -los menos, por cierto- que decidieron desconectarse y se fueron a una aldea lejana o a la montaña a renovar el aire de sus pulmones mientras esperan el apocalipsis. Ese escritor que alguna vez fue "poeta joven" y ahora se despelleja para mantener la casa, sabe que no es fácil la tarea de la escritura. Pero se arriesga, cae, se levanta y escribe, escribe de su mundo real o de aquel que como un espejismo se asienta su cabeza. Luego les lee a sus amigos en el bar que huele a fritanga, o bien los invita a su casa y, en vez de leerles su última creación, terminan viendo una joyita

de película por *Netflix* o un partido de fútbol por *CDF*.

En esas andanzas se mueve el escritor de provincia. De vez en cuando visita la biblioteca del pueblo, pide un libro prestado, hace lecturas en una escuela municipal, escribe en el diario local, lo llevan a un programa de radio *fm* para que hable de Jorge Teillier o de Rodrigo Lira, participa de jurado en un concurso barrial y celebra cada año el Día del Libro en el Centro Cultural como invitado *ad honorem*. A veces se atreve y viaja a la capital o a Valparaíso y se cruza en alguna actividad importante con poetas y escritores reconocidos y los mira como artistas del viejo Hollywood. Tímidamente se les acerca y les entrega su libro.

En otras ocasiones ese mismo escritor recibe en su casa a algún colega de las letras que visita su pueblo o ciudad por una actividad literaria, en ese caso, mínimamente remunerada. Se esmera en la atención de la mejor manera, pero no se atreve a leerles sus poemas, prefiere escuchar sus andanzas por la planta

alta de la literatura chilena: encuentros de escritores en ciudad de México, antologías universitarias, becas literarias, traducción de sus poemas al inglés, Ferias del Libro – nacionales e internacionales-, y otras maravillas de experiencias que sabe tal vez nunca alcance a vivir. Pero su ruta está pavimentada en estos territorios llenos de nostalgia que lo hacen detenerse ante el espejo de las ilusiones y lo obligan a quedarse ahí, como un animal celoso de su terruño.

Por supuesto me identifico con ese animal literario y asumo que con los años y en tales circunstancias me he convertido paulatinamente en un “escritor local”, desde que publicara el año 2003 un poemario de no más de treinta páginas que ahora me parece triste y lejano. Un escritor que a veces juega en “cancha de tierra” y en otras en “cancha de pasto” (como bien me lo asevera mi amigo Cristian Cruz). Y si bien es cierto que nací en Petorca (al interior de la V región) y a los 18 años de edad me radicé en Putaendo, fue definitivamente en San Felipe en donde descubrí el

mundillo de los escritores de provincia. Y cierto día me vi impulsado por una serie de circunstancias a este camino de escribir y más tarde de publicar. Apelando a lo que sostienen algunos amigos escritores, la intuición fue tal vez la que jugó un rol determinante en esta aventura. Por otra parte, las lecturas en mis viajes interminables entre Petorca, Putaendo, San Felipe y Los Andes (en donde el paisaje se convierte en un poema o un punto de luz en lo *real maravilloso*), el escaso conocimiento y cierto dominio del lenguaje, el deseo de comunicarme, o tal vez la búsqueda de un sentido de vida a través del ejercicio literario -o la mezcla de todo lo anterior-, fueron elementos que me llevaron a seguir esta ruta poblada de obstáculos, que sin embargo nos depara satisfacciones-digamos de carácter espiritual- que nos hacen sentir un mejor ser humano.

Volviendo a la tarea de la escritura propiamente tal- la calidad y la originalidad de la obra que he pretendido desarrollar en mis cinco libros publicados,- creo que ha funcionado bajo cier-

tas pretensiones (o ilusiones más bien dicho) que me han llevado a la tarea de difundir dicho trabajo en el máximo de territorios posibles, pretendiendo, dicho sea de paso, proyectarme inocentemente en el tiempo. Esto último, lo de proyectarme en el tiempo, lo considero un salto al vacío que supone un aterrizaje forzoso e inejecutable, considerando que el tiempo es una idea mental compleja que supera toda lógica. Más aún al conjeturar cuál obra podría persistir en los pliegues de la memoria literaria. Parafraseando a Iñaki Echavarne, crítico literario y personaje de la novela *Los detectives salvajes*, destaco: *“Finalmente la obra viaja irremediabilmente sola en la inmensidad. Y un día la obra muere, como mueren todas las cosas, como se extinguirá el Sol y la Tierra, el Sistema Solar y la Galaxia y la más recóndita memoria de los hombres. Todo lo que empieza como comedia acaba como tragedia”*.

Una tragedia o un salto al vacío que bien vale la pena intentar en estos tiempos caóticos, como bien lo dice el escritor argentino Abelardo Castillo, “es-

tamos viviendo un tiempo endemoniado y dejado de la mano de Dios, y solo aquellos que acepten las condiciones de esta alcahuetería candente, de esta candente intermediación, podrán soportar de hoy en adelante el peso de la poesía”.

Nelson Paredes

Lejos del Ruido: Reflexiones acerca del quehacer literario.

Es un lugar común referirse al diferente criterio de visibilidad que surge desde el canon de la academia o su reflejo en los medios que dominan con su voz y presencia el diagnóstico y la validación del quehacer literario del país, con respecto a la literatura generada en la capital- o capitales, si denominamos así a los grandes centros urbanos del Chile de siglo XXI- en contraposición a la que nace de aquellos territorios de provincia alejados de estos mismos centros.

Tal vez haya mucho de verídico en esta afirmación, pero no debería ser fuente de conflicto ni de preocupación para quienes escriben en los márgenes de las grandes ciudades y de esa voz, por decirlo de una manera, oficial. La creación literaria es *per se* una actividad avalada por el aislamiento, la introspección, el alejamiento de todo ruido que estorbe el momento único e irrepetible en que se transforma el arte de escribir,

y su primera validación, meramente personal, está dada por los frutos de la constancia y el ver como lentamente va cuajando la arquitectura de las palabras y el sentido que se quiere lograr de la obra en cuestión. Luego será el transcurso del tiempo y la revisión de lo hecho los que harán madurar lo escrito o, de lo contrario, buscar nuevos senderos por transitar.

Literatura del territorio, de la provincia, de la frontera, son algunos tópicos desarrollados hoy en día para corregir esa posible distorsión de lo que representa el caudal literario que se produce en el país, una puesta en valor necesaria e imprescindible para visibilizar a tantas literatas y literatos que ejercen su labor, con el bajo perfil y discreción que otorga la lejanía, pero que a la vez muchas veces hace de tupido velo a la fortaleza de sus propuestas.

Quizás la materialidad de ese concepto territorio, el territorio físico primigenio- se trate de un barrio de Santiago o un cerro de Valparaíso, un bucólico paisaje de montaña o aquellas ventanas que

se abren a los arenales que rodean los pueblos del norte del país o como contraparte a los gélidos y lluviosos paisajes australes- que está presente conscientemente o no en lo más íntimo del escritor y quiérase o no, en las manifestaciones de su literatura, constituya la primera piedra en su formación como tal.

El camino de hacerse escritor las más de las veces es azaroso, por más que hayas percibido el calor de su llama (y de su llamado) desde la infancia. En mi caso fue un proceso lento, lo que hizo que fuera lo que se denomina un escritor tardío, bastante tardío. Motor importante de la consolidación de esa vocación literaria fueron mis continuos viajes- con sus consabidas lecturas-, ya por treinta y dos años entre las ciudades de Valparaíso y San Felipe. Mi territorio, que es un territorio trashumante, se ha nutrido en un ejercicio constante de observación de las mutaciones del paisaje, tanto interno como externo, dado en este continuo ir y venir. La vida en una maleta. Kilómetros de lecturas, reflexiones, recuerdos, interpelaciones,

angustias, sueños y esperanzas, que finalmente han decantado en una íntima convicción; el principal territorio que habita el escritor es el territorio mental o de la memoria. Ahí es donde se da el génesis de su literatura. Puerto de partida para concretar en palabras las vicisitudes del mundo interior o las interpretaciones de ese mundo real que nos ha tocado experimentar. Presente está con toda su luz evocadora dentro de mí la imagen de un paisaje en ese continuo transitar entre la costa porteña y el valle de Aconcagua; una doble alameda que flanquea ambos costados de la carretera en el sector de Lo Campo, y que al atisbar por primera vez el año 1987 fue un campanazo a la memoria, esas “grandes alamedas” por donde pasaría el hombre libre decantó, obra y gracia del poder transformador del lenguaje, en las grandes *verboledas*. El camino por donde transita la creatividad del ser humano en permanente estado de asombro, que trabaja y moldea el material, las raíces y el barro de las palabras, adentrándose en el territorio inacabable de la poesía.

El avance del tiempo y los cambios en las tipos de producción agrícola hicieron que el paisaje fuera irremediablemente transformándose; donde había cerros habitados por cactus o unos pocos arbustos nativos ahora hay plantaciones de cítricos y paltos; donde veía campesinos con el arado hoy se vislumbran siluetas negras trabajando que nos retrotraen a las grandes haciendas cafetaleras de la época de la esclavitud; solo la alameda permanece indiferente a esa metamorfosis, incluso ajena a las autopistas de la nueva carretera que bifurcó los senderos que llevan a mi ciudad de destino, quizás como un símbolo de resistencia de la poesía, o de ese territorio que habita la memoria como una lámpara que alumbró su camino, pues fue en los itinerarios de esa vida trashumante en los que, como pasajero en tránsito, recalé en lo que ha sido para mí otro pilar fundamental en el periplo de convertirme en escritor. La concatenación de pasos y senderos, *verboledas* mediante, me llevaron a integrar una singular cofradía, y ha sido la for-

ja de la amistad en el impulso atávico del humano de agruparse en torno al fuego, de buscarse y reconocerse entre pares, circunscrito ahora sí a un territorio físico específico- un bar o una casa de población-, donde quienes escriben interactúan, comparten el vino, se leen y a la vez se critican; a todas luces una conjunción enriquecedora para la vida y la literatura misma.

Las cofradías, así las llamo, instancias de confraternidad, han estado presentes desde siempre en la historia de la literatura, conformadas por escritores u otros artistas ya sea por afinidades o consideraciones de diversa índole, y en cuyo interior, en la interacción que se da entre quienes la integran, surge las más de las veces un efecto potenciador, sinérgico e iluminador, en los múltiples aspectos de la propia creación. Así podríamos nombrar a algunas que dejaron huella: Los Diez, la Mandrágora, el grupo CADA, la Colonia Tolstoyana, Las Yeguas del Apocalipsis y un largo etcétera de colectivos reunidos por diferentes motivaciones, que en definiti-

va marcaron su tiempo y forman parte de la memoria cultural del país. En lo personal, por las similitudes de origen con la cofradía que me ha recibido en San Felipe, rescato aquella otra de comienzos del siglo XX y que se cimentó en Valparaíso, que integraron Augusto D'Halmar, Víctor Domingo Silva, Carlos Pezoa Véliz y Ernesto Montenegro, este último escritor trashumante oriundo de San Felipe que hizo gran parte de su carrera de escritor, especialmente como cronista y ensayista, en Estados Unidos, que llevó según sus palabras, casi de manera inconsciente a la provincia de sus primeros años por donde quiera que anduviera, y que cristalizó en el libro *Los cuentos del Tío Ventura*.

Escribir en la provincia- y ojo, que la provincia puede ser solo un recurso de la memoria- es en definitiva navegar lejos del ruido, como un espacio de resistencia ante la vorágine del mundo actual- el globalizado y tecnológico, pero también el de la mentira y la manipulación- , y entregarse con vocación espartana en los derroteros de la litera-

tura, sin esperar nada; ni fama, ni reconocimiento – anhelos estos últimos que siempre me recuerdan al desdichado Enoch Soames en su viaje de cien años al futuro para saber qué fue de su nombre en la historia de la literatura-, solo el premio que tributa el goce (después del sufrimiento) de la obra acabada, y poder compartirla, al igual como se hace con el pan y el vino, con los amigos y aquellos lectores que, por caminos a veces también azarosos, llegan a ella.

En definitiva, profeso la creación literaria como un acto de redención a través de las palabra ante la avasallante imposición de esa otra cultura dominante que nos reduce a meros números, y me aferro al manantial que brota del instante, ese en donde la imagen poética irrumpe con su atuendo de luz en la mecánica repetitiva del mundo cotidiano, dejando a su paso las sempiternas preguntas del devenir humano, y que el creador, desde el espesor de su silencio, hace reverberar en el poema.

Miguel Bórquez

“El tiempo no es más que regreso a otro tiempo”¹.

1.

Escribir acerca de habitar la provincia, o mejor aún, escribir sobre *escribir en provincia*, me parece un ejercicio improductivo lindante en el lugar común. Y no me refiero exclusivamente a la aturdida y asombrada mirada centralista que concibe el territorio de regiones como un enorme souvenir construido en función de rituales rayanos en lo surreal –desde el curanto a la vendimia-, sino también a la quebradiza (falta de) visión que los mismos provincianos tenemos respecto a un tiempo y condición que nos han sido arrebatados de manera abrupta e irreparable. Partiendo de esa base pienso que todo provinciano es, por consiguiente, un relegado y un apátrida.

El año pasado un escritor chilote me explicó que en determinadas islas del

1

Rolando Cárdenas: *Regreso*. (1963)

archipiélago existen casas cuyo único uso es ser trasladadas en “mingas marítimas” durante la temporada turística. Me sorprendió saber que aquella titánica empresa de intrincada ingeniería y relevancia social ha podido reducirse a un show mediático tan vulgar, a un producto mercadotécnico que se reitera como un bucle que acabará, más temprano que tarde, con esas quebradizas viviendas naufragando en los mares del sur, afianzando la endeble pantomima de su absurdo. Pasa lo mismo con la celebración estival del Cristo Caguach, o acá en Magallanes, con las faenas de esquila y las domas convertidas en performances minuciosamente coreografiadas; el *ovejero de mi tierra* es también una pose, el “hacer patria” es una tontería y la foto con boina y yerba mate que el tipo urbano con horario de oficina comparte en Instagram es, a su extraño modo, la exaltación de una vida llena de rigor que en realidad vivieron otros: el refrito de la epopeya y su cada vez más nostálgica estela.

2.

Lo provinciano es estupendamente kitsch. Solo así puede asumirse con cierto sentido del humor que un restorán celebre cumpleaños con sus empleados disfrazados de Selk`nam, o que existan “emprendimientos” con nombres tan torpes como “*Button bike*”² o “*La barbería de Cambiaso*”³. O que un montón de friolentos escolares se reúnan frente al Estrecho para hacer fonomímica del Canto a Magallanes. El actual torbellino de superficialidad es creciente, lo arrasa todo y ni siquiera nuestros más arraigados símbolos pueden mantenerse al margen de sus dañinas dinámicas.

Distinguir lo genuino de lo falsario constituye entonces un reto mayor. Y ocurre así en un territorio doblegado hasta lo paródico por la irrupción de capital foráneo y una industria turística empecinada en explotar lo étnico,

2 Jemmy Button (1815-1864). Nativo yagán. Siendo un niño fue embarcado en el HMS Beagle y trasladado a Inglaterra por Robert FitzRoy

3 José Miguel Cambiaso Tapia (1823-1854). Militar gestor del sangriento motín que asoló la penitenciaria ciudad de Punta Arenas hacia 1851.

histórico y paisajístico hasta despojarlo de cualquier atisbo de autenticidad. La *terra incognita* de anónimos mártires ha transmutado en tarjetas postales carentes de esencia que para el ciudadano de a pie han de resultar, cuando menos, paradójales. Mientras los reductos SERVIU con nombres étnicos –*Pachamama, Huilliche, Kawesqar*– se expanden por escoriales suburbanos, adornando sus calles con palmeras y piñas de plástico, autos *tuning* con roncadores y reggae-tón, más índices de alcoholismo y violencia intrafamiliar que no hacen sino aumentar, el otro Magallanes se empodera del turismo de intereses especiales, la cocina molecular y el siútico panfleto de la “reivindicación histórica”, su interesado influjo en la construcción de una identidad apócrifa que se transa en llaveritos o maderitas con motivos autóctonos, milodones manufacturados por huerfanitos en China o peluches de pingüinos emperadores, fenomenales criaturas que la mayoría de los magallánicos sólo conoceremos gracias al *Animal Planet*.

Ya no sólo hablamos de un Magallanes cambiante, pluralista y globalizado (el atemporal sermón de la pujanza económica); hablamos de un territorio que es uno y dos al mismo tiempo, una superposición *lyncheana* de planos que solo circunstancialmente se tocan y parecen perpetuar una brecha que nos deja con una tristísima y desclasada resignación. La provincia de la estampa postal es una quimera y está tan distante del ciudadano habitual como el más exótico de los países; quienes le habitamos nos hemos convertido, casi sin notarlo, en un nuevo tipo de turistas.

3.

Aquella peregrina idea de la provincia como un territorio de resistencia y subversión ya no tiene sentido. Cuando en *Recorriendo Chile* subrayan con emoción que aquí o en cualquier remota provincia aún laten postreros ecos de un tiempo signado por otros ritmos y valores, mienten, o al menos han caído torpe e irreflexivamente en las trampas de quien transita fugaz, contemplando

apenas superficies y retratándose en *selfies* que no dan cuenta de una realidad cuya totalidad está compuesta por entretrejos mucho menos amables y que poco o nada tienen que ver con los idílicos y crepusculares fondos de pantalla de las Torres del Paine o los Campos de Hielo Sur. Porque sí, la esencia telúrica del austro permanece, pero hay un subtexto violento y casi fúnebre latiendo en lo que somos, una suerte de lastre que doblega el sentido primigenio de un territorio fundado sobre la tenacidad de lo improbable.

Pero la provincia es más que un lamento. Su día a día se construye, por suerte, con más ingredientes que aquel larismo quejumbroso que tanto daño ha hecho a la literatura chilena, y que en gran medida ha ayudado a perpetuar una mirada estereotipada y lastimera del vivir en regiones. Pero aunque la estampa de un austro asolado por el viento y el invierno se me antoja monotemática y más bien dada a cierta idealización de la precariedad, no es errado signar por esas vías las primeras luces

que iluminan, cual neón glacial, los mejores libros que han poblado la literatura austral, en especial la lírica, cuya (en ciernes) tradición me resulta más próxima. O dicho de otro modo: el tránsito inicial es siempre el mismo, es el trayecto el que cambia, sus cumbres las que oscilan, sus alturas las que inspiran.

En este punto me permitiré una dispersión. Hace algún tiempo asistí a un recital poético cuya premisa central giraba en torno a lo étnico y lo territorial. Autores del extremo norte, de la Araucanía y de la zona austral: un abanico generoso pocas veces visto por estos parajes. ¿A dónde apunta mi recuerdo? Pues a que cada una de las lecturas me ofreció exactamente lo que yo –sin referencias previas y sin ser ningún oráculo– pude anticipar desde que supe las procedencias de cada expositor. Más allá del valor escritural de cada propuesta, mi sensación fue que esos textos podría haberlos escrito cualquiera, pues respondían a clichés étnicos y territoriales que en lo medular perpetúan la idea de un nicho espacio/temporal ino-

centón, de una literatura centrada en sí misma y con un imperecedero complejo de castración, autocomplaciente en su fronteriza ensoñación.

¿Cuán estandarizado está entonces el discurso escritural en la provincia? ¿Cuán encerrados están nuestros discursos en el pintoresquismo o la nostalgia trasnochada? O peor aún: ¿cuántas veces estaremos escribiendo en función de lo que el poder y la metrópoli esperan del autor provinciano, subyugándonos y siendo funcionales al discurso oficial de una nación que nos amansa a garrotazos?

He allí la seña, inflexión o desprendimiento que debiera importarnos. La rotura del hábito y su difícil, a veces dolorosa ilación en relación al pasado, presente y futuro de un territorio insular, hipnótico y –sobretudo- muy frágil. Ese es el tambaleante risco que habitan los autores del autro que me interesan; esa es su suicida aproximación al vacío. Desde Rolando Cárdenas a Christian Formoso, desde Astrid Fugellie a Óscar Barrientos, pasando por Aristó-

teles España, María Cristina Ursic, Pavel Oyazún, Hugo Vera Miranda o el recientemente fallecido Niki Kuscevic; he allí un puñado de miradas desde y hacia la extrañeza, desde y hacia las anomalías de una vastedad en el fondo tan mínima que espanta, en un vértigo escritural que en buena hora asimila y reniega de su propia historia, de su angustiosa y apócrifa tradición.

Porque si todo provinciano es –como dije en un comienzo- un relegado o un apátrida, las literaturas del austro han de ser una deconstrucción y un aullido para estimar cuánta realidad habita el mito que llamamos Chile y no al revés.

4.

La infancia en Magallanes suele ser un continuo transitar de imágenes aleatorias que despiertan melancolía y extrañeza. Extrañeza por el modo en que la desidia propia del sur se subvertía a través de muy puntuales remezones, que son la materia prima para la memoria colectiva de una región donde se vive en soledad. Todo magallánico recuerda

el terremoto blanco del 95⁴ o la huelga del gas del 2011⁵; los hechos en términos generales y también los detalles más íntimos, nuestros roles en aquellos episodios que, en comparación a nuestras rutinas de modesta sitcom, parecen súper producciones. Algo así ocurre con las escrituras del sur: de golpe la monotonía del periplo estalla y se fragmenta, adelantando y rebobinando la tempestuosa trama de siempre, la misma y destemplada proyección de una provincia que viaja en retirada, ilegible en sus últimas y óseas coordenadas.

4 Desastre climático que en 1995 cubrió de nieve buena parte de la región de Magallanes, causando millonarias pérdidas, sobretodo en el sector ganadero.

5 Movilización social de alcance regional motivada por un alza en las tarifas del gas, en enero del 2011.

Cristian Cruz

Si no me hubiese venido, todavía estuviese allá

Ese allá suena lejos, como un eco que obliga agudizar el oído, la vista y los sentidos. Este título no es mío, es parte de una cuarteta del canto a lo poeta que representa este allegarse a un lugar, y que supone, un venir desde muy lejos. Esta alegoría del ausente, del invisible, es parte de algo a lo que llamamos poesía chilena, y que deambula por pequeñas ciudades miniurbánicas, con cafés minicultos, con minicentros comerciales miniconsumistas y con todo lo que se necesita para mantenerse erguido según la necesidad del día. Me queda la sensación que cuando se habla de provincia en escritura, se fala de aldea, villorrio, o sector. Territorialmente se adquieren figuraciones casi folclóricas de la creación en este contexto. Pero me toca hablar sobre algo profundamente adscrito a tierra de nadie. Hasta los mismos poetas que viven en ciudades de provincia se espantan si es que los mencionas como “poetas provincianos”. Recuerdo

haberme acercado conscientemente a la poesía, gracias a que existían poetas que planteaban volver o regresar para doblarle la mano a la modernidad, evitando abordar el tren que desdeñaba Esenin, que significaba la muerte de la pequeña aldea.

Ahora vivo en una ciudad, en miniatura, pero una ciudad después de todo. Creo que así lo viven todos los poetas de Chile. Esto tiene sus ventajas, puedes prender tu cocina a leña todos los días, ir al centro caminando, y también; largarte a la montaña, un río o un bosque, con un chispear de dedos.

Pero se escribe, esa es la verdad, se escribe mirando un mundo kitsch, porque eso podría ser la provincia, una vida fronteriza entre lo auténtico y la copia de la gran urbe, por supuesto, una malísima copia. Se nos reprochan ciertas escrituras, algunos modos, dudosos lenguajes. Como dije más arriba, el poeta vive en la ciudad (mini) y le basta. La provincia hace rato dejó de ser una aldea, sigue el modelo urbano de occidente, el mercado no pierde tiem-

po, somos equivalentes al dinero. Visto de esta forma, la provincia me suena a; Chañaral, Curicó, Castro, Chillán y un etcétera donde siempre hay poetas, y me faltan las otras consonantes y vocales. De esta manera, el poeta es la anti estrella rockera de la poesía. Más solo dónde. Cada vez que escribo pienso; ¿Están los poetas escribiendo junto a un río, una montaña, un cielo descubierta?, ¿Están entrando o saliendo del poema; junto a embarcaciones, trenes, o avionetas que despegan en el profundo sur? Hay poetas que llevan su automóvil al mecánico, o pagan las cuentas en *cajas vecinas* de la población. Pueden darse el gusto de mirar las vigas rojas de nubes al Oeste de la ciudad.

No se puede condenar a los poetas por cierto grado de romanticismo, o por los temas que relevan su espíritu. De igual manera se está solo y en parte eso implica un ejercicio sobre el silencio, sobre lo que escribes. Los límites de venir llegando a ti mismo, porque tú eres el centro y la cocina a leña es la periferia. En definitiva, tú eres la provincia y el

poema es el centro, eso podría ser. Racionalmente el país está lleno de poetas, por lo tanto, cualquier pasada de rollo debe ajustarse rápidamente a las escasas posibilidades. El reconocimiento es sano, la figuración corrompe el espíritu. La austeridad me gusta, quizás así se nos ve desde el centro, el núcleo que cita Riedemann. Pero me he dado cuenta que las cosas se ordenan de tal manera, que ya no sientes temor al silencio ni a la postergación. Es cosa de leer y te tranquilizas, leer sobre todo a los poetas que de igual forma llegan a tu casa. La provincia no tiene porque ser sinónimo de aislamiento lector, o modorra por conocer. La lectura elimina toda frontera, todo canon, todo roce social. Si se piensa en figurar, si se enferma el espíritu, aplica de inmediato silicios a tu espalda y vuelve a cambiarle el agua a las aceitunas, cuyo proceso es lento como las garzas que vuelven a dormir cerca de casa. En cualquier ciudad existen cuatro o cinco poetas, y comparten tu mismo pan y tu mismo vino.

He logrado equilibrar las cosas últi-

mamente, la poesía no es para lograr el sueño del pibe, es honestamente para quedarse callado y así no ahuyentar al poema. He observado como los poetas huyen de la ciudad o, la gran ciudad, y se diversifican en litorales centrales, compran casas prefabricadas, y aprenden a vivir de nuevo. Según dicen, se apestaron de Santiago, y en verdad se les ve bien. Hicieron un revés a la figuración, se enfermaron o los enfermaron los demás poetas. Y cuando los visitas, se ponen contentos, relucen sus mejores vestidos y hablan como nunca te hablaron cuando estaban en la urbe. No te dicen eso sí, que ganaron la batalla, o que se sintieron frustrados, o que fueron bajados de escena. Simplemente huyeron con sus bártulos lejos del foco, del centro, del núcleo.

Lo anterior podría ser un ejemplo de provincia, de las reales posibilidades que se dan estando solo. No digamos que estar solo es propio de la provincia, es dado en todos los territorios. Pero qué más solo es estar en una gran ciudad; a quién acudir, a quién solicitar.

Recuerdo que mi gran satisfacción era la biblioteca pública. Allí pude evadir las vallas papales de la poesía. Me sentía poseedor de un gran secreto, puesto que en esos estantes estaba lo que quería y sentía que ellos me querían a mí. Qué academia puede impedir que un poeta se forme a sus anchas, qué canon puede impedir que no gestemos nuestro propio canon. Allí estaba gran parte de la poesía chilena y con eso bastaba, sumándole algunos autores extranjeros vitales para la autoformación, pero estaban todas las posibilidades. No ha existido más frescor, que esas tardes y veranos consumidos en la biblioteca de calle Riquelme, en San Felipe. Como pueden ver, la formación del poeta no depende del territorio, del espacio, ni del tiempo. No me importan los modelajes, las poses, o la política reinante para con los poetas o los escritores, puedo prescindir de aquello. Si me he afincado a algún club deportivo, han sido poetas de regiones distantes, y claro, el centro aparece en el camino, pero solamente para beber una cerveza

y pregonar mis canciones con quienes dan el ancho. Adscribo a cierta cofradía que echa humo desde sus chimeneas cada noche, e imagino una taza de té, el cigarrillo y dos o tres libros sobre la mesa. Me imagino intentándolo una y otra vez, como el recolector de algas que vuelve todas las mañanas a la orilla. O *el cielito de mi pieza*, como el espacio en donde no hay trabas, de lo contrario, todavía estuviese allá.

Camilo Muró

La poesía en el territorio de la osadía

Decir poesía de provincia o capitalina no refiere con ello que una se pruebe el galardón nacional. Me alejo del discurso que boicotea a quien desde un cuarto en Puente Alto o Malalcahuello escribe y quiere hacerlo bien, que no le seduce la luz atiborrada de polillas que se manejan en los epicentros y en editoriales, operando con cuchillos la selección de libros, sabiendo todos la capacidad u onda expansiva que tiene la ciudad metropolitana en posicionar y erigir al poeta de turno. Decir poesía de provincia, para mí no es decir: “Acá naturalmente están los mejores, los despojados de ambiciones y que no marcharon a la urbe a desarrollar su obra y su ego, que se mantuvieron firmes, velando el fuego sagrado-.” Cada cual en cualquier parte del planeta, con sus ideas, pues para mí la poesía no tiene terruño olímpico, ni tampoco los ismos con que se intenta imponer una tendencia; la poesía no tiene sexo, ni menos hoy, vanguardias.

El escritor cree llevar la bandera de que la poesía es una sola, teniendo cierta razón de lo que tú y yo ya sabemos, que es una sola y está en todas partes. Escribir conlleva la valoración de la historia del poeta, de su necesidad de comunicarse, de creer que sus versos, en cualquier geografía, podrán ser una luz de entrada a un mundo profundo y alucinante, un mundo de vaticinios. Pero seamos sinceros, muy pocos fuera de los mismos poetas son los que nos leemos y criticamos, allá o acá. El mundo del poeta es un poco eso, armarse en latitudes oníricas, celestiales, coordenadas que no calzan ni en provincias ni en capitales. Dividirse aún más por ser de provincia o capital es un acto insolente para nosotros mismos que nos leemos.

Es mucho más interesante pensar y creer, lo que nos hace acercarnos desde la palabra provincia; grandes poetas chilenos venían precisamente de la provincia porque si no eran las capitales provincianas siempre fue alguna capital regional o finalmente

Santiago. Pero insisto, qué nos hace juntarnos a partir de la provincia. Cuál es la trenza de ajos que nos une. Qué hace la diferencia, que poema correría las cortinas para decirnos su verdad, entonces, qué se sella en las provincias; lo pequeño, los aldeano, lo rural, el lenguaje... la eterna memoria de la ciudad natal, los verdes infinitos a campo traviesa que jamás nos interesó dejar, nos pegamos acaso con la pequeña biblioteca y su eterna funcionaria, o fue el asunto titánico de publicar lo que hace la diferencia; lo precarios e ignorados que nos sentimos por quienes toman estas decisiones en el país; lo rudimentario, o acaso lo que comemos y bebemos. Ahora, no será mejor pensar derechamente que solo importa saber si hay buena o mala poesía. Pero si algo de eso existe, cuál es el antagonismo entre la poesía capital y la provinciana; más personas de un lado, el cemento, urbanización, refieren otros valederos elementos que algunos líricos de provincia rechazan y reniegan. Más mundo, mayores

posibilidades, mejores medios, hacen el cambio o la provincia con lo ya citado afianza la apuesta.

Todos estos elementos conforman una percepción de las cosas, un relato lírico igual de valorable y respetado. Huidobro dejó la capital para que lo apreciaran fuera de esa provincia de provincias que era Santiago. Porque también es sabido por muchos que Santiago era o es aún provincia de París o Nueva York o Barcelona. Este hecho para mí no tiene ningún valor poético. En Arica o Serena, en San Felipe, Punta Arenas o Ñuñoa, todos tenemos la posibilidad de anular esta farsa, escribiendo y leyendo, colando toda nuestra lírica sin geografías. Nada da por hecho que en las grandes urbes se escriba mejor o que en las provincias esté la papa poética. El poeta en sí es una provincia, una capital, una metrópolis, donde quiere que se encuentre escribiendo. La mayoría podría hacerlo donde desee, edificando un mundo propio, un espacio apto y bello en donde quiera que coloque la pluma y la tinta.

No existe la poesía provinciana o capital, solo es el poeta en su universo complejo y cabal el que se bate en la inmensidad de la hoja en blanco. Aquel creio es el espacio geográfico en cuestión que el poeta intenta construir en cualquier parte donde le toque estar, porque finalmente al poeta lo hace la osadía No hay entonces territorios sino la audacia de enfrentarse a estas limitaciones que son solo eso. Especies de falsas barreras o fronteras que coartan y empobrecen el discurso lírico.

El relato que refresca y rompe esas piernas limitantes puede ser el buen uso de la tecnología que se ha impuesto y reunido en un infinito granero de interconexión. Todos en el mundo habitamos en sus teclas anudando totalmente la geografía pero no la experiencia en nuestro propio espacio mental y de memoria. Eso creo podría hacer la diferencia. Pero si el escritor en la mejor y más cultural ciudad de mundo o este mismo escritor en el pueblo más puro y prístino del planeta es malo, es malo sencillamente y aquello sí que

realmente nos limita y fronteriza del verdadero tema, el de la buena poesía.

Felipe Moncada

La eterna provincia

El poeta Cristian Cruz me invita — desde San Felipe, en el corazón del Valle de Aconcagua— a escribir un texto sobre la poesía en provincia para ser presentado en Punta Arenas. Ese solo hecho, pienso, desplaza las coordenadas geográficas, de una manera a la que felizmente nos hemos ido acostumbrando en los últimos años. Hacer una vida comunitaria simbólica, relacionarnos en los extremos, en los interiores, sin tener que dar cuentas a la capital, como quien se salta los conductos regulares o las leyes, para establecer su propia utopía. Esa ha sido la práctica de muchos y muchas hace ya bastante tiempo.

Dos temas posibles podrían ser: las condiciones de producción literaria y la relación de la provincia con respecto al centro. Para abordar lo primero, de cómo se producen libros, estudios, encuentros literarios, habría que echar mano a estadísticas de la Cámara Chilena del Libro o del Ministerio de las Culturas, o escarbar minuciosamente en la

memoria propia y de gestores culturales, lo que sería desproporcionado aquí. Prefiero concentrarme en lo segundo, una versión libre de la idea de centro y su relación con el entorno, a partir de la experiencia personal en el campo editorial y literario en los últimos 20 años, que es más o menos el tiempo que llevo en esto.

¿Qué es la provincia? Es conocida y ajena esa idea de que Santiago también es provincia de otros centros, donde siempre se estaría inventando el hilo negro para suturar la emisión de nuestras innovaciones, “eso ya está hecho” nos dicen, “eso no funda nuevas realidades”, como si estuviéramos condenados a ser clones culturales de un mundo que siempre ocurre en otra parte. Quizás intentar definir la provincia ya es un acto vertical, de establecer jerarquías, categorías, con ese gesto fundacional tan propio de quien cree tener las herramientas exactas para dibujar el mapa oficial.

Personalmente, me gusta imaginar la provincia como una gran ciudad despa-

rramada por el territorio, y que dado su tamaño, para cruzar de un barrio a otro, es necesario atravesar eriazos y potreros inmensos, cordilleras, desiertos, vertederos, bosques y campos de hielo que no han sido pisados aún por ningún humano. En este dibujo personal, el centro, la capital, Santiago, vendría a ser el barrio administrativo, el lugar donde se archivan y distribuyen los recursos, el cuartel de vigilancia desde donde se administran los premios, los reconocimientos y de donde surgen las políticas imperiales. Me perdonarán los amigos de la capital esta caricatura, guardo buenas experiencias y recuerdos de allí, pero hacemos representaciones para explicarnos las cosas, abstracciones de la imaginación que solo son eso, pero que sin embargo habitamos.

Con respecto a lo solicitado, el año 2015 publiqué un conjunto de ensayos que titulé *Territorios Invisibles, imaginarios de la poesía en provincia*, y quizás una de las ideas que moldean ese libro, es la desconfianza hacia las definiciones de centro, fundamental si se quiere jugar a

la ficción de dominador y subordinado. Escribí allí que cualquier punto de un tejido homogéneo puede ser considerado el núcleo y desarrollé lecturas de diversos autores, dando cuenta de cierto periodo de producción. Visto ahora, con la perspectiva de cuatro años, se podría objetar el menor número de mujeres, o la exclusión de muchísimos autores, o el distanciamiento a estéticas urbanas, pero no fue el objetivo de dicho libro constituir un canon, ni ajusticiar definitivamente al patriarcado, ni ser una antología acuciosa y actualizada de la provincia, esas labores imposibles para un libro no caben en ninguna espalda. La propuesta de dicho libro la sigo manteniendo y consiste sencillamente en intentar leer en profundidad y en contexto, la obra de pares sembrados en esta ciudad dispersa de la que hablé más arriba. Terminado ese libro me vino un agotamiento de argumentar y la sensación de que finalmente se defiende o se opaca algo por una motivación primitiva y no racional, emotiva si se quiere, que muchas veces no tiene explicación,

y ello se disfraza como objetividad según la retórica con que se barnicen los sentimientos. Además, siendo la literatura una cosa de gente desocupada, en medio de la sobrevivencia de la abrumadora mayoría, no es un tema por el cual sea necesario batirse a duelo ni sacarse los ojos.

Permítaseme un recuerdo para seguir hilando: allá por el año 2002 en San Felipe, salíamos con Cristian Cruz a recorrer en bicicleta los caminos interiores: Algarrobal, Bellavista, La Troya, Almendral, Las Coimas. Recuerdo un cementerio indígena invadido por una empresa agrícola, el río Putaendo con unos pequeños y turbios pozones donde nos bañamos (antes de que fuera solamente un *río de piedras*), las chicherías rurales de Almendral, unos mimbrales en invierno que parecían pintados por van Gogh, el recuerdo de los desaparecidos bosques de espinos y algarrobos, las lecturas de poetas de la dinastía Tang, que hablaban de melocotones, álamos y sauces como si se tratara del mismo valle, la evaporación de los últi-

mos manchones de nieve en verano que presagiaban la sed de la tierra, *el gran ir y venir de las estaciones*, y las constelaciones allá arriba en las noches frías, siempre nítidas y cruzadas por algún aerolito azul en medio de nuestro parlamento. La pregunta era algo así cómo ¿podrán alguna vez nuestras palabras salir de aquí, interesar, infiltrar de alguna manera el canon metropolitano, volar? Y claro, hay contradicción en ello, por una parte querer permanecer y por otra parte querer trascender a esa frontera, que muchas veces implica un encierro. Han pasado casi 20 años y seguimos insistiendo en esta cosa antigua, simple y compleja a la vez, de relacionarnos por el lenguaje poético, ha sucedido persistencia y desapariciones, publicaciones y omisiones, hemos conocido otros países y “centros”, nuevas regiones y rincones, pero la provincia, su existencia, sus cualidades, nos siguen rondando como fantasma. Pienso ahora que quizás lo provinciano, más que ser una definición enciclopédica, es una experiencia vital, que decanta en estética,

un ritmo propio de habitar y masticar los cambios del entorno, con el placer de la calma, pero también con la desesperación por esa calma. Fidel Sepúlveda habla de un *arte de vivir* de los antiguos campesinos, Luis Oyarzún nos sugiere que la Tierra es un espejo de sus habitantes y se lamenta que nos devuelva una imagen agrietada.

Y no idealizar. En la provincia también hay vicios, disputas inútiles. Esos pequeños poderes fácticos de los que se ríe Mellado en su literatura, están presentes en cada comarca: si en un pueblo hay dos poetas, probablemente habrán dos escuelas opuestas, si hay dos ensayistas, cada cual tendrá su argumento contra el otro, o contra los del pueblo vecino, esa eterna disputa por el poder de la palabra válida, orgullo arcaico que nos persigue de potrero en potrero y ladra a los chonchones que pasan volando a medianoche.

Sin embargo hay actitudes que persisten en la dialéctica del centralismo: si en Angol —por decir un pueblo— se hace una antología, el título será “Anto-

logía de poetas de Angol”, si lo mismo se hace en Santiago, es probable que el título sea “Nueva poesía de Chile”, con ese descaro con que se construye el canon desde el sillón presidencial, o al menos desde una silla plástica en alguna picada aladaña a la plaza Italia. Y no es el propósito de este artículo la demonización de la capital, allí suceden muchas cosas en el plano cultural y de las ideas, aunque les cueste “tomar en serio” al provinciano o lo “descubran” luego de muertos para sus reposiciones canónicas que duran cinco minutos, el asunto clave, creo, es que ese tumor megaurbano apunta a igualar formas de vida, con su crecimiento de *villas cáncer*, hacinamiento, pobreza planificada, tecnología como sucedáneo de los sentidos; y si una escritura puede respirar por su singularidad, un ancho camino es la diversidad de formas de vida (como hace notar Jorge Polanco), de maneras de relacionarse con el entorno, que se manifiesta y actúa como resistencia a una totalidad positiva, correcta y homogénea, como en las pesadillas distópicas

de la literatura (Orwell, Bradbury, Huxley) en que el horizonte correcto es el absoluto control social y la anulación de la diferencia.

Heidegger narraba⁶ que en su cabaña de Selva Negra gustaba de gozar la conversación —y sobre todo el silencio— de los viejos campesinos del lugar, y que más que contemplar el paisaje, era el paisaje el que entraba en los pensamientos y lo impregnaba con sus variaciones, sus tormentas, su calma, siendo el clima perfecto para llegar a lo esencial en la filosofía. Y es que la cercanía con los elementos primitivos ayudan a descartar lo accesorio, el adorno, aunque ya sabemos que no son eternos, son los que moldean nuestros arquetipos y vuelven a darnos pistas para evitar el triunfo del desierto. ¿Qué recomendaba, en 1937, el cuestionado alemán?: *Dejemos toda confraternización condescendiente y todo falso interés por lo popular —aprendamos a tomar en serio aquella sencilla y dura existencia allí arriba. Solo entonces volverá a decirnos algo.* Y quizás esa sea una tarea

6 Tomado de revista *Provinciana* número 2, abril 2019, Ediciones de la Universidad de Valparaíso, Valparaíso.

pendiente, tomar en serio las voces que transmiten un modo de vida propio, sin mirar su denominación de origen antes de negar o afirmar su pertinencia.

Muestra Poética

Ricardo Herrera

Temuco, 1969. Estudió Pedagogía en Castellano en la Universidad Austral de Chile, Valdivia. Editor de Ediciones Bogavantes, de Valparaíso. Ha publicado: *Delirium Tremens* (Ediciones Casa de Barro, San Felipe, 2001); *Bar: Antología poética chilena*, en coautoría con el poeta Cristian Cruz (Ediciones Casa de Barro, San Felipe, 2005,); *Sendas perdidas y encontradas* (Editorial Kultrún, Valdivia, 2007); *El cielo ideal* (Editorial Lom, Santiago, 2013); *Santa Victoria. Poemas de anticipo* (Ediciones Venérea Violenta, Temuco, 2015); *Carahue es China* (Ediciones Bogavantes, Valparaíso, 2015); *Santa Victoria* (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2017). En el 2008 obtiene el premio Mejores Obras editadas del Consejo Nacional del Libro y la Lectura por *Sendas perdidas y encontradas*.

Gatúbela ha dejado de escribir poesía

Gatúbela ha dejado de escribir poesía y
entra al manicomio
Todo en su vida es gratuito
Saca peces pero no del espejo o el
estero
Se entretiene en llorar en ascensores
que nunca son transparentes
Y azotar su látigo sobre el agua
estancada

Es tanto una ex poeta como una
malabarista
Que pierde su sombra cuando duerme
Y la recupera cuando hace el amor

Yo quiero que alguien venga y le toque
la cara con un pétalo
Y ella crea en sueños que es El
Caballero de la Noche
Que acaricia sus labios con su máscara

Y la arrulla

Cuento

Un buen día
El poeta subterráneo subió a los
edificios
Comenzó a vivir en azoteas
Traficó palabras en la cumbre de
araucarias milenarias o volcanes
Leyó su poesía en globos aerostáticos
Y desde allí
Arrojó palomas a los otros poetas que
pasaban
Que era su manera de quererlos
También pajaroneaba observando las
nubes
Que era su forma de guardar silencio
Costumbre aprendida desde niño
Cuando por las tardes se tiraba en la
cama
Y observaba por el tragaluz el cielo
El poeta subterráneo no necesitaba de
nadie
Aunque nadie pudiese creerlo
Destruídos como andaban mendigando
una caricia
No podían entender al pobre poeta
(otrora subterráneo)

Que ahora se tendía sobre el cielo
Rompiendo las leyes de la gravedad y
la escritura
Y que aparecía vestido de astronauta
por las noches
Y en las mañanas vestido de ángel
haraposo
Y en las tardes de virgen María
Hasta que un buen día

El hombre invisible

Traspaso todo al lugar que habito o todo
lo hago mío, lámparas, armarios,
Todo y luego duermo o salgo al patio
que tiene una muralla y una escalera
Que da a los pequeños departamentos
de arriba

Luego trato de no pensar en mis toallas
que siempre están afuera en el cordel
Ninguna mujer conoce mi cuerpo como
ellas

Voy a casarme con mis toallas
Tendremos hijos que serán manteles o
paños de cocina
O pequeñas banderas que izar los días
que seamos felices

Tú me secas, yo te mojo, juntos inventa-
mos la humedad

Una nueva forma del rocío que pinta su
propia madrugada a cualquier hora
O me quedo dormido aquí en la escalera
Hasta que llega mi vecina y debo desa-
parecer

Aparece y yo desaparezco
El hombre invisible

Lámpara apagada, armario vacío, esca-
lera mecánica descompuesta

Han inventado el amor

Una mirada puesta en unas manos que se abren

En la oscuridad y cuando entran al agua se cierran y piensan en tocar una flauta
O unos párpados en cuya luz se orilla la oración del viento, un sauce

Que no sabe reír y cuyas hojas no se elevan ni caen

Ni se perciben a sí mismas como un sueño sin árbol

¿Quién las sueña?

Una manera de ausentarse por años y aparecer en las rocas

Rodeado de albatros y gente que da la espalda al mar

Para acariciarse como si el otro fuera el agua y no necesitaran más orilla

Que el horizonte de sus manos

Un río donde flotan cosas

Pensamientos de toda una tarde

El corazón que se ensancha

Y se concentra en lo que vas a dibujar: piel y piedad

Y una navaja que decide que ha inventado el amor: un agua que corre y no llora

Y tiene la forma de unos párpados cortados

Papá

Tierra de siena tostada
Azul cobalto
Blanco de titanio
Jean michel jarre
No molesten a papá cuando pinta
No pasen el dedo por el cuadro que está
fresco
Paredes
Llenas de óleos
Los cuadros son cazuelas
Zapatos
Bolsas con pan

Papá:
Rojo carmín
Azul ultramar
Blanco de zinc
Una figura de cristo tallada en madera
que siempre besa
Amarillo limón
Revista The Ring
Allende

Inéditos

Ismael Gavián

Valparaíso, 1973, Poeta, ensayista, crítico y editor chileno. Ha publicado los libros de poemas: *Llamas de quien duerme en nuestro sueño* (1996); *Fabulaciones del aire de otros reinos* (1999/2002); *Raíz del aire* (2008); *Vendramin* (2014); y *Claro azar* (2017). Como ensayista y crítico literario ha publicado *Pensamiento y creación por el lenguaje. Aproximación a la obra poética de Eduardo Anguita* (2010); *Digas la palabra que digas. Ensayos escogidos* (2015); *Martín Cerda. Fragmentos de un mapa escritural* (2015); *Inscripción de la deriva. Ensayos sobre poesía chilena contemporánea* (2016); y *Expediente de lectura* (2019). Ha colaborado con notas, ensayos, reseñas y artículos en diversas revistas nacionales y extranjeras -*Acta Literaria, Mapocho, Inti, Anales de literatura chilena, Aérea*, entre otras- y en libros colectivos como *Anguita 20/20* (2012); *Teillier crítico* (2014); y *Martínez total* (2016). Como editor ha publicado las antologías *El mapa no es*

el territorio. Antología de la joven poesía de Valparaíso (2007); y *Entrada en materia: 17 poetas jóvenes chilenos* (2014). Ha elaborado muestras de poesía chilena para las revistas *Everba* de la University of California, Berkeley (2004); y *Latin American Literature Today* de la University of Oklahoma (2017). Asimismo fue editor del dossier sobre crítica literaria chilena que en 2013 publicó la revista española *Cuadernos Hispanoamericanos*. Entre 2006 y 2010 fue editor general de la revista de poesía *Antítesis* y entre 2007 y 2009 editor de la revista de humanidades *Analecta* del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Viña del Mar. Es profesor de Literatura Hispanoamericana en el Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes y de Literatura Chilena y Universal en la Escuela de Educación de la Universidad Viña del Mar. Es monitor del Taller de Poesía del Centro Cultural La Sebastiana de la Fundación Pablo Neruda y editor asociado de la Editorial Altazor de Viña del Mar.

Verano

*

Todas las calles, de cualquier ciudad, huelen en verano. De los rincones más apartados se elevan vapores que se consumen con el calor o se difuminan entre el follaje que serpentea en los huecos de las veredas trizadas. A veces emergen desde un no muy lejano puente cuyo riachuelo, algo apagado, desprende un ritmo luminoso entre saltamontes, ranas y avispas. Todas las calles huelen en verano. A veces con el hedor de las noches pesadas que hicieron trastabillar a más de alguien en lo que fue quizás una felicidad pasajera. En otras ocasiones con ese aroma incendiario que se desliza entre las paredes manchadas de las casonas añejas y cuyas verjas, oxidadas, deletrean entre hábiles lagartijas, un aroma vacío y penetrante que va sinuoso bajo las miradas de un cielo de zinc. En otras ocasiones ese aroma se desliza entre los laberínticos caminos de tierra que se entrecruzan con las pocas calles de un asfalto más gris y denso. Es ahí, entre aquellos recovecos, donde se deja

respirar esa atmósfera que va siendo repetida y desplazada una y otra vez por la seca brisa del mediodía, esa brisa que puede traer y con razón, noticias desde lo profundo de un patio secreto, cubierto de maleza o de un viejo portón de aquel garaje saturado de metales y ruidos que, cuando niños, apenas imaginábamos como parte de nuestra caminata. Hay veces que esos olores arrastran una pesadez que se desdice de toda delicadeza: son golpes como aquellos orines que despabilan a cualquiera al otro lado de la vieja estación, justo antes que el tren atravesase con su singular pitido, toda la zona. A veces esos olores claman desde la melancólica mirada de un perro tirado bajo un plátano oriental, como queriendo huir del calor sofocante o se escabulle, picante, desde esas matas amarillas que, entre diversas ventanas abiertas, configuran una especie de postal pasada de moda junto a ropa que aún no se ha recogido. Todas las calles huelen en verano. A veces traen los restos de una Navidad pasada, aquel olor a pino fresco ahora marchito y

pútrido. Otras veces traen ese suave olor de la panadería que a las seis de la tarde anuncia la última hornada. Otras es aquel gris olor del aceite que se derrama triste entre el asfalto tibio. No es fácil huir de esas calles en verano. No es fácil huir de esos olores que siempre son cálidos y fuertes. Por eso, tal vez la mañana sea el instante más adecuado para intentar creer que el aire limpio de enero es real y no una mera ficción que uno imaginaría en medio de la lluvia meses después. A las seis o siete de la mañana, en un día indistinto de enero o febrero, la placidez transparente del aire no anuncia aún su futura dirección. Tampoco su eventual derrota ante los devaneos de la vida. Ya con el sólo aletear de las aves que despiertan con su chillona musicalidad, es posible advertir que el día traerá su propia atmósfera, su propia lujuria de olores que se desplegará entre suave y gruesa entre todos los rincones. Todas las calles, de cualquier ciudad, huelen en verano.

*

El patio aún no ha perdido del todo su verdor y los manzanillones se inclinan ociosos ante la seca brisa de mediodía. A veces estériles, transitan entre ellos algún abejorro extraviado o un enjambre de moscas azules. Desde lejos, el aroma de un rincón trasnochado propone una música salobre que vibra en el aire tibio. Sea como sea, es un desafío estar aquí a pleno sol: el patio, en su amplitud, se extiende de calle a calle y puede ser la región inexplorada de un aventura o el amarillento destino de insectos desconocidos y fabulosos. Sus brillos encandilan. Pero en verdad son pequeños vidrios desperdigados en desorden por todo el lugar: fragmentos, pedazos transparentes y diminutos que alucinan la mirada decaída del perro que bebe lento a la sombra del parrón y bosteza perezoso. Aquí las horas pasan sin prisa y la ropa, tendida desde temprano en la mañana, está reseca entre el polvillo de las hojas que se atreven a pasear con un gesto adusto. El patio aún no ha perdido del todo

su verdor. Protegida por la sombra del naranjo, la tierra todavía posee cierta humedad que recuerda la noche anterior, pequeñas gotas que con ritmo pausado, se estiran hasta evaporarse y desaparecer como por arte de magia. Mientras en las alturas del limonero varios pájaros, indolentes al calor, hacen sus nidos, en lo más bajo del suelo, hormigas infinitas se dirigen en hileras fantásticas hacia recovecos que sobresalen en la pandereta carcomida, cuya piel de gris piedra, hierve brutal y lánguida. En el patio, el mediodía es feroz y la pesadez del aire trae el rumor de una radio lejana. En esa misma pesadez la luz se vuelve opaca y lleva el anuncio de una monotonía que hace eterno el transcurrir de las miradas, el devaneo de la maleza marchita y la ociosa y atenta inspección del perro acurrucado sobre un viejo chal. El patio aún no ha perdido del todo su verdor. Pero, sin duda, con el avance de los días pronto lo hará. Por ahora sólo resta ver en el cielo esa inmensidad azul que se vuelve casi palpable. Esa inmensidad

que parece la encarnación de la quietud y el desasosiego de horas que aún no se adivinan. Mientras tanto, los manzanillones jadean con el tacto de la brisa. Y desde la terraza un niño observa todo esto mientras el aire tibio anuncia un atardecer limpio, transparente. El patio aún no ha perdido del todo su verdor.

Et in Arcadia ego.

*

Tal vez era una tarde de septiembre. Sabía que era el cumpleaños de mi abuelo. El trajín era vasto: subir y bajar por esa escala grande, de madera, con aquellos escalones resbaladizos a causa de una alfombra verde o gris –no recuerdo– que invitaba a la prudencia. Veo a mis tías ir y venir afanosas con bolsos y paquetes, a papá conversando con mi tío, veo a mi tía abuela dando instrucciones a la señora del servicio para volver más expedita la disposición de la gran mesa del comedor. Veo a mi abuela sentada en uno de aquellos sofás grandes y amplios conversando con alguien. Veo que en una pieza contigua al living, el gato amarillo de la casa dormita en una cama bajo una luz tenue y semioscura. Mi abuelo se pasea con una copa en la mano conversando con su hermano sobre cosas que no entiendo. Mi hermano menor juega en el piso de parqué con un autito diminuto que una tía le ha regalado. Las

paredes son altas, el lugar es espacioso, lleno de sillas, mesitas, lámparas y cosas que hacen que se vea si no imponente, sí al menos pulcro y muy ordenado. Se respira en el aire un aroma a dulce de leche sabroso y evocador. Yo sólo deseo volver a Villa Alemana. Tengo ocho o nueve años y estoy aburrido. Cansa que me pregunten una y otra vez sobre el colegio. Mis tías, una tras otra, me regalan dulces, me bromean o me tocan el pelo como un gesto de cariño. La mesa donde se celebrará el agasajo la veo enorme y llena de golosinas, copas, panes, tazas finas y jarritos conteniendo leche o agua hervida. Soy el hijo, el nieto y el sobrino que se lleva las miradas, las preguntas y las bromas. No tengo primos todavía. Digo que voy al baño antes de comenzar todo. Me lavaré las manos en ese lavatorio antiguo y floreado, rodeado de un piso de baldosas verdes. El pasillo es largo, surcado por ventanales casi tan altos como yo. Está atardeciendo y a través de una gran lucarna, veo un cielo rojo maravilloso. Me olvido de todo, me

paro y contemplo embobado. El cielo cae a pedazos, el cielo es un incendio llamativo, cruel y fantástico. No lo pienso dos veces y acerco un pequeño taburete que está en el baño y me subo en él para ver si puedo tocar el marco de la ventana. Casi me caigo. Sólo la voz de una tía llamándome para ir a la mesa donde están todos reunidos me arranca de mi ensimismamiento.

*

Debe ser un día de verano. Hace calor. Sólo sé que ya salí de clases. Tengo diez años y estoy feliz. Aún no es Navidad, pero todo la anuncia: el aroma intenso del pino que trajo mi papá, las tarjetas que llegan una tras otra en las manos cansadas del cartero, la señora que contratamos para que encere el parque y esté hermoso para el almuerzo del 25, la meticulosa paciencia de mamá para sacar de sus cajas esa multitud de viejos pascueros que engalanarán el living dentro de pocos días. Todos están en sus cosas, distraídos con el tejemanaje de la casa. A las tres de la tarde, después

de almuerzo hay una gran quietud. La casa es grande, enorme y por fin la tengo para mí. Recorro el pasillo, voy al dormitorio, me escondo bajo la mesa del comedor, veo por la ventana de la cocina el parrón engalanado de un color verde claro precioso. No tengo que preocuparme de tareas, de levantarme temprano, no tengo que angustiarme por la voz estentórea de la radio durante el desayuno. Estoy feliz o creo estarlo: pero da lo mismo porque entre estar y creer no hay diferencia y en eso no pienso. Lo maravilloso es estar en la pieza grande del segundo piso, donde está la chimenea, totalmente solo, de espaldas en el suelo, mirando el techo. Horas y horas. No las siento, sólo quizás cuando por la ventana veo que oscurece de modo paulatino y oigo la puerta principal crujir cuando llega papá del trabajo. Pero esas horas son mías, de nadie más y el cielo descascarado, sin pintura y sucio, recibe mis miradas insistentes, vacías. No pienso, sólo escudriño el espacio, sólo me detengo en alguna arañita que sube o baja, sólo

atisbo las manchas que dejó la gotera del invierno pasado. No me importa jugar, tal vez me aburriría, pero ahí tirado de espaldas es imposible que sienta la pesadez de las cosas. Sólo siento el silencio transcurrir en una vastedad que no me impacienta, en una vastedad que no me angustia, en una vastedad que es mía.

Inéditos

Marco López

Petorca 1968, ha publicado *Diálogo nocturno* (poesía, Ediciones Casa de Barro, San Felipe 2003); *Cuentos grabados, Antología imaginaria* (Ediciones Altazor, Viña del Mar 2006); *Historias de rock* (cuentos, Ediciones Inubicalistas, Valparaíso 2012); *A partir de la provincia, Crónicas desde un bus rural* (Ediciones Casa de Barro, San Felipe, 2017); *A este lado del muro* (poesía, Ediciones Casa de Barro, San Felipe, 2018). El año 2003, obtiene “Mención Honrosa” por su poemario *Textos diversos*, en el Concurso “Cuadernos de literatura de Aconcagua” de la Corporación CIEM, San Felipe. El año 2005, obtiene la Beca literaria “Apoyo a Ediciones” del Fondo del Libro y la Lectura. El año 2011, obtiene la “Beca de Creación Literaria” del Fondo del Libro y la Lectura. Actualmente escribe crónicas literarias en el Diario *El Trabajo* de San Felipe, colabora con reportajes para la revista *Alcaparra* de San Felipe y escribe opiniones de libros en el sitio letras.mysite.com

Espera

Tanta belleza suele ser inolvidable
como el Zahir
o como los *vientos divinos* del siglo once.
Te veo en sueños con zapatos color pastel
al estilo *ultra fashion* leyendo los primeros
poemas de Ariosto
en un apartado jardín de Alejandría.
Es imposible veranear en Petorca,
optamos por ir a la república popular
de Mongolia
pero le tememos
a la fría corriente que nace del Gobi.
Mejor busquemos un estado cósmico,
para asolearnos
sobre las templadas arenas de Acapulco.
Habíamos decidido casarnos,
pero tu instinto de conservación me rechaza
y alguien, en la catedral de Santa Sofía,
ha leído el Corán esperando que lleguemos
a media noche
Decides marcharte con otros
a la encantada Ciudad de los Césares,

mientras aguardo a que aparezcas
en este rincón de las abandonadas calles
de Putaendo.

Del libro Diálogo Nocturno

Escenas (Aquí y Allá)

En las calles de Irlanda llueve,
mientras escuchas *Where streets have no
name*

(eso lo vimos en la TV en blanco y negro).

En Suiza el joven Karl Jung
camina por el "inconsciente colectivo"
en una mañana de sol y ventanas abiertas.

Al despertar del próximo sueño
veremos a Lola Hoffman
en la Feria del Libro de Buenos Aires
(reconociendo a Floridistas y Boedistas,
como diría Teitelboim).

Yo aquí bajo la lluvia
entre caminos y calles sin nombre
no hago más que repetir el eco y la escena

de una memoria colectiva de siglos.

Inédito

Las Palabras

¡En desiertos de tedio, un oasis de horror!

Charles Baudelaire

Sirven las palabras para ocultar el hedor,

la sangre que se escurre

el llanto, un hocico

el mal aliento del perro que aúlla en madrugada

mientras afilo mis garras en el teclado.

Sirven las palabras

para emprender el viaje sin final

/ sin sombras ni luces que lo guíen.

El viaje de palabras dictadas por el viajero

que se aferra a las escaleras de la oscuridad.

Cae al sótano cuyo centro está vacío de tanta espera:

una galaxia dentro de sí misma

/ que gira y gira sin entender de qué se trata.

Sirven las palabras arrastradas de hace diez mil años;

una luz que disminuye la sombra,

el dolor tras la salida.
El escape de la noche que nos empuja
/ en la ignorancia.

Del libro A este lado del muro

Cotidiano

Encontrar la salida a ciertos objetos que permanecen en este lugar.

Despedirse de cada una de sus astillas (como lo vemos en la página *Google*) es un intento de explosiones al interior, y como virus, atrapa los pasos de rebelde. Al fin cada cosa en su lugar.

Cada situación encadenada tras de sí y eso proporciona ciertas alegrías a las aves errantes, las cuales se rinden ante los pies del tic-tac.

Ciertas manos te saludan.

Ciertas frases:

“Buenos días”, “¿Cuánto le debo?”,
“¡Felicidades, amor!”,

te sostienen frente al mapa cosmogónico, y no entiendes de ecuaciones en décimo grado.

Pero los cuerpos callan.

Estalla el elemento que las sostenía en mi memoria

y se hace imprescindible la cotidianeidad de la mañana:

mirar el árbol que gime

el perro que mea en su tronco y un ca-

lendarario que flamea en la ventana,
he ahí la velocidad del reloj.
Las cosas adquiridas como trozos (de
fotografía) en blanco-negro
como puzzles sin resultado ni solución.
Objetos escapando al tic tac cotidiano.

Inédito

Nelson Paredes

Viña del Mar, 1959. Ha publicado *El tranquilo existir de las palomas* (Cuentos, Ediciones Casa de Barro, San Felipe 2013); *Muñequita rusa*, plaquette adelantado de *Historia de Amebas y Bonobos*, (año 2015); *Delirios* (Ediciones Casa de Barro, San Felipe 2017). El año 2011 obtiene Beca de Creación Literaria del Fondo del Libro y la Lectura. El año 2015 obtiene Beca Escritores Profesionales del Fondo del Libro y la Lectura. El año 2017 es galardonado con el Primer Premio en “XXIV Concurso Literario, Fernando Santiván, Mención Cuento”, Ciudad de Valdivia.

La otra mitad

En la mesa el editor poda mi texto
de igual forma como hace un minuto
trozaba el pollo a las brasas.
La televisión muestra una entrevista
/a la nieta
de un desaparecido
el único recuerdo de él es una fotografía
/que los milicos rajaron
en la que quedó la mitad de su rostro.
Termino de comer y bebo mi copa de
vino
pienso en el poema tarjado y en las imá-
genes
/que vi en la pantalla
El editor sonrío y limpia sus manos con
la servilleta
él es parte de esta historia en la que
agrego
/el nombre de un carpintero
/que no permitiré que borre:
Mauricio Curiñanco Reyes
Este poema lo invoca
Este poema es su luz
La otra mitad del rostro.

Rieles

El circuito arterial de mi país eran los
rieles
Sus alas terrenales
Los pueblos latían en las estaciones
El amor se multiplicaba en los ramales
Tú podías mirar los rieles perderse en el
horizonte
con vagones cargados rumbo a los puer-
tos
Qué bellos eran los trenes en los parajes
de Chile
cuando los rieles eran alas
y no la cruz
la mortaja
de desaparecidos al fondo del mar.

Lejos del Ruido

Los turistas quieren sol.
Sol para sus cuerpos bronceados
Sol para el atardecer
La poesía dice no quiere otra cosa
y brota en llovizna que bruñe
 / el rostro opaco de las veredas.
Los turistas quieren sol
la poesía quiere otra cosa
Y cómplice de este invierno pasajero
esconde el Sol en el poema

Termitas

No es lo mismo la borra de un café
que este polvo acumulado.
Estas convidadas de piedra se han co-
mido

/el marco de la ventana.

Tienen un copulador y una reina que fe-
cunda a raudales

Obreros que cavan galerías y soldados
para atacar.

Pero ahora han llegado demasiado lejos

Atacan mi escritorio

donde guardo antiguas cartas

fotografías y poemas inconclusos.

Me doy cuenta de que el escritorio

/se parece al mundo

/y que hay poco por hacer.

Solo salvar lo que se pueda

Trozos archivados de tu historia

Porqué tal vez la vida se trate simple-
mente de eso.

Resistir mantenerse a flote asido de
un madero

que tarde o temprano sabes

se comerán también las termitas.

Inéditos

Miguel Eduardo Bórquez

Puerto Natales, 1985. Poeta, Licenciado en Educación y Profesor de Lenguaje & Comunicación. Ha publicado el libro de poesía *Trapalanda* (2013), además de las plaquettes artesanales *Poesía Soundtrack* (2009); y *Geografía del Milagro* (2011). Beneficiario de la Beca de Creación del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, convocatorias 2013 por *Trapalanda*, y 2016 por el inédito *Chilean Stardust*. Ha intervenido en variados encuentros relacionados con el quehacer literario austral, entre otros, en la *Feria del Libro Dinko Pavlov* de Punta Arenas (2010), la Macrozonal de escritores *Volvamos al Mar*, en Puerto Montt (2016, 2018), y el congreso *100 años de Gabriela Mistral en Magallanes* (2018). Figura en la antología *Pioggia di poesie su Milano* (2018), que recopila los poemas del “bombardeo” sobre Milán a cargo del colectivo Casagrande, el 2015.

**] El hábito de os guachos fue
soñar mamíferas orfebrerías, más
inquietantes que el mismo sueño [**

Yo, tan delictual y tan omnívoro,
o narciso umbilical del tahuantinsuyo
y la tierra del fuego,
el easy rider del neopreno y flema
marcado a fuego atroz pelaje.
Yo traduzco los dialectos de la pobreza
y de ella afano su sudaca cartílago
hasta arder mi plebeyo corazón,
los matorrales en el orinoco
y las pampas de karukinka

la luz eléctrica me ha puesto dócil

de Trapalanda

] El spleen de chile [

1. ausencia de eco en la casa sola, sola
estoy legitimando la botánica de mis
muertos, sola lagrimal y ausencia ver-
balizando los asuntos del dolor y la
carne, sintiendo como se cosen a mis
miembros las esquirlas del cielo. Hijita
prodiga, hembra de ciprés en llamas;
la libertad fue mi cárcel, mi cárcel fue el
miedo a no morir o muerta no saberlo,
ocre occisa otra, extraviar el foco, el eje,
el contexto. Fingir las coordenadas para
hallar de entre la nada los huesos de la
niña que fui, los huesos, los cartílagos,
las tapaduras de mis carriadas muelas
brotando a paso lento otra yo desde el
follaje

**] mi visión fue el diesel inundando
bosques como mares [**

la rotura a veces es parcial y tras ella sueñas algo que podría ser un campo de concentración. Es una visual opiácea que avanzas y retrocedes al mismo tiempo, entrando y saliendo de un perímetro que podría ser el patio de un colegio o una cárcel en Chile o Europa del Este. Ves púas rojeando sangre de otros que no te importan y un apilamiento de cuerpos que te resulta familiar pero no perturbador. Habitas la inminencia de la muerte como una simple frivolidad. A veces dentro de ese sueño sueñas que los cuerpos no son cuerpos sino hortalizas y que es tuyo el trabajo de quitar las babosas e insectos que les dañan. El verdor y la humedad de ese nivel onírico contrasta con la aridez del estado anterior y lo compensa, pero es una sensación breve y engañosa. Vuelves a tu primer trabajo, que es arrancar tapaduras de oro e incinerar huesos. A veces despiertas a medias sintiéndote enfermo y asqueado. Otras veces no despiertas, aunque en el sueño quieras creer que si

] cenizas [

1. desde el eje palpas el borde de un tiempo diferente y a los lejos, como desde una llovizna que carga olor a leña mojada, temes el quiebre del recuerdo o la certeza del olvido. El mundo es otro y tras las colinas solo hay luces, rumores de la vida que tuviste y en melancólica ensoñación transmutas a ajenas e impronunciadas palabras. A lo lejos la iglesia en llamas que a los siete veías perplejo desde una cancha vuelve a arder, o los abejorros –que hoy solo perduran en libros de entomología- vuelven a atormentar tus apacibles tardes. La única tradición familiar: un asado de cordero al palo en navidad y otro en año nuevo. Tanto para tan poco piensas, tanto para apenas postergar un día o dos el asecho y estupor de lo retorcido, de lo que pare entre las matas lo perverso y te nombra en otros nombres propiciando estampidas, feroces e implacables aguaceros. Cierras los ojos y vuelves a escuchar por primera vez a Debussy, vuelves a tener siete años y posar sonriendo entre unas

melgas de papa más altas que tú. Eso ha sido, la soledad del trayecto a medias y el oleaje que implacable seduce naufragios que no alcanzas a ver pero lamentas: la palabra mansa del jamás, la idea de un paisaje que es y no el territorio de tus huesos arrumados bajo el musgo

2. hay interferencias en el vocabulario que traducen por ti las rapiñas de américa. Es aleatorio su aritmético armazón que solo exhibe limitadas dimensiones del error que ves. Entre la región subántartica que habitas y el polo hay japones arponeneando cetáceos (firmaste una causa en charge.org para frenarlos) y un isla de electrodomésticos y chatarra informática que ya es tan grande como un país. Eso es lo que ves cuando quieres ver y preguntarte cuántos tiempos hay en el tiempo que te habita. Tanta nigromancia, tanta autocompasión y mierda new age para ocultar que a dónde ibas –después de todo- ya no llegaste

Inéditos

Cristian Cruz

San Felipe, 1973. Ha publicado los libros: *Pequeño País* (poemas, Ediciones Casa de Barro, 2000); *Fervor del Regreso* (poemas, Ediciones Del Temple, 2002); *Papeles en el Claroscuro* crónicas literarias (Ediciones Gobierno regional de Valparaíso, 2003); *La Fábula y el Tedio* (poemas, Ediciones Don Bosco, 2003); *Reducciones* (poemas, Ediciones Fuga, 2008); *Dónde iremos esta noche* (poemas, Ediciones Inubicalistas, 2015); *La aldea de Kiang después de la muerte* (poemas, Ediciones Casa de Barro, 2017). Junto al poeta Ricardo Herrera publican en el 2005, *Bar, Antología de poesía chilena*. Ha recibido el premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile en el 2003, por el libro *La Fábula y el Tedio*. Ha sido incluido en distintas antologías chilenas y extranjeras.

La trama

El poema es la trama que está sobre nosotros sin darnos cuenta,
es la avioneta que deja entrar su ruido por la ventana
y pensamos en el piloto que mira nuestra casa.

Entonces la avioneta es el poema que está sobre nosotros
y el piloto es el que escribe en su libreta que ha visto una casa, un auto varado en el patio,
una hilera de árboles azotándose contra el viento
y dos o tres pozas de agua que son dos o tres espejos

/si están quietas.

Continúa diciendo el poema que sobre el techo de la casa
la sombra de la avioneta o bien la sombra del poema
comenzó a pilotarla una mujer con los brazos abiertos.

Nosotros que a esa hora dormíamos en casa

interpretamos el sonido del poema
que entraba por la ventana;
más bien era el sonido del cielo,
porque las avionetas son el sonido del
cielo,
pero era el poema que ululaba tras los
visillos
/para que yo lo escribiera.

Una bella noche para bailar Rock

Esta es una bella noche para bailar rock.
A mi padre lo trajimos muerto desde
Santiago,

La familia quería verse reunida por fin:
nuestra madre sólo recibía órdenes de
la familia,

“Tú eres el encargado para irte con tu
padre en la carroza”.

Bien, asentí, y fui a comprar cigarrillos.
A la salida de la ciudad le pedí al chofer
que prendiera la radio,

/ nos pusimos a fumar.

“Mi padre fumaba también”, dije.

Ya en la carretera buscaba una emisora;
las radios aquí se escuchan mal produc-
to de las montañas.

“Escuchemos un cassette”, dijo el cho-
fer.

Colocamos la cinta, una selección de
rock argentino,

y luego preguntó si fumaba cannabis.

Fumamos mientras avanzábamos

/por las montañas y la carretera.

Al llegar bajamos el féretro de papá,
le di las gracias al chofer por el viaje.

Hoy como hace dieciocho años pienso
a quién

 /debo traer de la gran ciudad,
para que la familia esté unida
para que la familia sea feliz.

De cómo miro por la ventana

Me acerqué a la ventana a mirar el paisaje,
pero no era el paisaje, era yo que estaba
allá afuera como un corpus,
y cuando te digo corpus es que los árboles
flotando podrían ser mis brazos
/o mis piernas, no es seguro, tómallo
como ejemplo;
o esa pareja a orillas del río, con ganas
de lanzarse o amarse ahí mismo,
no puedo asegurar qué querían hacer.
Pero si fijo la mirada vuelvo a las nubes
y trozos celestes,
eso podría ser mi cara, a ratos cubierta
o despejada:
qué mejor que tu cara sea el cielo.
Me falta el río, no lo he olvidado,
pero saca a la pareja mejor:
el poema no requiere de calentura o de-
rrota,
el río, el río es importante, y el corpus
también;
no olvides el corpus que traspasa el cris-
tal convertido en ti.

Ahora enciendes un cigarro porque te entusiasmate,
porque no quieres dejar la ventana, que es el núcleo.

Tu tronco es el río, por él trafican los fluidos, tu voz,
y aunque no se ve el final de ese río piensa que tus pies son el delta, que los dedos son un brazo o un hilo de agua,
que las aves y la flora de ese delta son tu cabellera.

Como es de tarde, la luz que abrazaba el paisaje abandona
y tú comienzas a desaparecer,
y lo que había allá afuera, toma el reflejo de la lámpara que estaba tras de ti, la forma de la cama, la colcha de la cama, el humo del cigarro.

Porque ahora la ventana refleja el cuarto: fíjate, tú eres el cuarto, la puerta, la cama y la colcha.

Lo distinto es que no hay que traspasar el cristal.

Lo de adentro y lo de afuera se hace uno para que el poema sea.

De Dónde Iremos esta Noche

Los bolsos ¿para qué sirven?

Calcetines, calzoncillos
dos o tres camisas, cuatro o cinco libros;
eso era, liquidar el tiempo
borrar del ambiente;
cenar familiares, el continuo anhelo de
compartir algo...
de construir algo.
El bolso, el salvo conducto en casas de
amigos,
hasta que el bolso se vuelve pieza sin
que te des cuenta;
 /una casa, una ampliación.
El bolso tenía compartimentos que no
se husmearon
 / al abandonar
extensiones barridas por furiosos vien-
tos
hígados grasos, autos de ochocientas
lucas,
un baño de trainspotting en el fondo fal-
so del bolsito,
y en los cierres laterales; fotos contigo?
en tu hospedería livings,
dime tú, cómo termina esto.

Inédito

Camilo Muró

San Felipe, 1974. Publica *El poema se levanta* en la Antología poética *Clepsidra* (Ediciones Amanecer, San Felipe, 1997); *Álamo* (Ediciones Casa de Barro, 2002); *Mi Preterir* (Ediciones Casa de Barro, 2005); *Ardor en la Floresta* (Ediciones Casa de Barro, 2017). Además de participar en diferentes publicaciones nacionales.

Su obra

Antes que muriese,
le dije que me gustaba mucho su obra,
Realmente toda su obra.
No me interesó su vida,
si acaso sus poemas fuesen un poco
biográficos
Pero su lírica, esas palabras que
reventaron en mí.
Presentía que así eran los verdaderos
poetas
que efectivamente las dimensiones
cobran su distorsión
ante la muerte que todo lo puede.
Murió en esos otoños retratados
en mis primeras lecturas.
Realmente me gustaba como escribía
cómo nos hacía entrar a los ríos
y ahí reventarnos con sus poemas bajo
el agua.
Antes que muriese se lo dije,
le dije que influyó mucho en mí
y que realmente admiraba su obra.

No las coge como antes

Necesita de concentración,
recordar donde dejó el lápiz y el cuaderno
que ella le regaló.
De su taza de té caen gotas
que apagan todas las luces de su casa.
Ya no las coge como antes
y su escena en la vida hoy, es más sentimental
y necesita expresarlo
pero no recuerda nada
y pelea solo con su reflejo en la ventana
Esa en que busca desesperado el lápiz
y el cuaderno que ella le regaló.
A sus ejercicios mentales de memoria
se los lleva una acequia en donde posa
sus pies,
Ahí en donde las hojas traídas por el agua
montan un pequeño bar donde se instala
y necesita de concentración para expresarlo,
decirlo
Pero no recuerda donde dejó el infame
lápiz
y el cuaderno ese, que ella le regaló.

Pero nada ni nadie

Y el vino seguirá produciéndose, tal cual
pero nada ni nadie entre las parras
enhebrarán los tejidos de tu hígado
a las hojas de la vid.

Se seguirá produciendo igual
y otro más pequeño vendrá y lavará de
tinto

sus heridas en las rodillas,
beberá su sangre mezclada y cobarde-
mente

lo miraré entrelazado a los alambres del
parrón.

El vino seguirá produciéndose
y otro mayor vahearé el vidrio en su
ataúd y soplará

para que tras de él, asomen los rostros
amados.

Te acercan una copa y la bebes frente a
un bosque

o junto al mar con toda su magnitud
y el vino seguirá produciéndose, bebién-
dose

Pero nada ni nadie urdirán
los tejidos de tu hígado a las hojas de la
vid.

Me dice que ha visto muchos mundiales

Me dices que has visto muchos mundiales,
que naciste incluso el año

en que se desarrollaba uno en Europa.
El primero que está en tu memoria, fue
allá

Al otro lado de la cordillera,
Canchas con serpentinas como granizos
de junio...

-Era un fútbol muy distinto al actual-,
dices

Desde ahí recalcas, no has dejado de ver
ninguno

Cada cuatro años en algún televisor
observas a los mejores jugadores de fútbol.

Es el deporte en que te criaste
y muchas veces con tu equipo fuera.

Pero los has visto todo
y mencionas fechas, jugadores
me traes revistas y realmente te emociona
el tema.

Y tú juegas, pregunto
Ni con bolitas, respondes,

Pero mira la luna me añade
y se imagina una pelota de oro
cayendo del cielo alucinando que la patea
Y ahí juega y es por fin, campeón del mundo.
Me dices que has visto muchos mundiales.

Inéditos

Felipe Moncada

Isla de Chiloé, 1973. Licenciado en Educación y Profesor de Estado en Física y Matemáticas (USACH). Ha trabajado como autor y editor de libros de Física para secundaria. Editor de la revista La Piedra de la Locura. Fundador de Ediciones Inubicalistas. Ha publicado los libros de poesía: *Irreal* (Ediciones El Brazo de Cervantes, Santiago, 2003); *Carta de Navegación* (Imprenta Almendral, San Felipe, 2006); *Río Babel* (Ediciones Casa de Barro, San Felipe, 2007); *Músico de la Corte* (Ediciones Fuga, Valparaíso, 2008). *Salones* (Manual Ediciones, Rancagua, 2009). *Mimus* (Edición del autor, Valparaíso, 2012). *Silvestre* (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2015). *Migratorio* (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2018). En el género ensayo ha publicado: *Territorios Invisibles* (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2015). Ha obtenido algunos reconocimientos, como: Mejor Obra Literaria, Consejo Nacional de la Cultura,

2017, por el libro de poesía Migratorio. Premio Municipal de Santiago 2016, con el libro Silvestre. Premio Mejor Obra Literaria, Consejo Nacional de la Cultura, versión 2015, por el libro de ensayos Los Territorios Invisibles.

Muro

Escribe ahora
tu casa en el aire.
Desmaleza.
Nivela el terreno.
Entierra las vigas
— vivir lleva esa violencia —
Levanta los muros
poniendo tus palabras
sobre sus propias cáscaras.
Escribe la palabra clavo
en la cabeza del martillo.
Una escalera será útil
para empinar te al techo
y dibujar una tormenta.
Las cerchas
han de ser agudas
si cae la nieve.
Necesitas equilibrio
para clavar la cumbrera
ahí dormiré el grillo.
Sobre todo mide
pule viejas maderas
aún resuenan ahí
los nidos de un tordo.
Piensa en el barro

de ahí venimos
reúne la paja
sueña el agua
haz la mezcla
ese muro es un silencio
una greda
donde perder la vista
la cicatriz.

Labores

Eres un retornado.
Cortas un alambre
incrustado en la corteza.
Ayudas a la enredadera
a ser piel de la ruina.
Siembras
una abundancia oscura.
Eres el nuevo dueño
y cortas el ciruelo.
Eres el terremoto y quiebras la parra.
Eres el tiempo
y dejas que se pudran las vigas.
Eres la maleza
y sueñas con entrar en esa grieta
donde vive un aullido.
Eres la rata
que hace su nido en la cuna.
Eres la cría de la rata
olfateando entre las maderas.
Cosechas un vacío húmedo.

El miedo

Comenzamos a soñar
que un árbol
podría caer sobre el techo
y entrar en el sueño
donde caían otros árboles
más antiguos aún.
Y cada vez al despertar
se hacía más peligroso el aroma
que se agigantaba
en su peligro de romper el zinc
y atravesarlo
y cruzar nuestro corazón
del que brotaban pequeños aromos
quebrados por el miedo.
Y no termina nunca de caer
a cada instante lo hace
y sin embargo permanece mudo
y cargado de pájaros.

Silla

Una silla
en medio del incendio.
Ahí te sientas a llorar.
Se quema la cabaña
el cuarto de las herramientas
el nogal que plantó la difunta.
Una silla en llamas
una carátula de Pink Floyd
una pintura de Dalí
con jirafas encendidas
sobre un llano de grietas.
Ahí sufres y te autorretratas
y la onda atraviesa el sueño
que registra Kurosawa
en su jardín.
Luego carbón y latas dobladas.
Platos que revientan.
Explosión
de planchas de pizarreño.
Caminamos en llamas
con baldes en las manos.
Lanzamos agua
sobre su esqueleto
pero solo es un modo
de perpetuar la ceniza.

Inédito

Índice

A manera de presentación	5
Pensando una Provincia	7
Ricardo Herrera	9
El hombre invisible	11
Ismael Gavilán	19
Elogio del horizonte (o motivo del poema)	21
Marco López Aballay	25
Como un animal celoso de su terruño	27
Nelson Paredes	35
Lejos del Ruido: Reflexiones acerca del quehacer literario.	37
Miguel Bórquez	45
“El tiempo no es más que regreso a otro tiempo” .	47
Cristian Cruz	57
Si no me hubiese venido, todavía estuviese allá	59
Camilo Muró	67
La poesía en el territorio de la osadía	69
Felipe Moncada	75
La eterna provincia	77

Muestra Poética	87
Ricardo Herrera	89
Ismael Gavilán	99
Marco López	113
Nelson Paredes	123
Miguel Eduardo Bórquez	129
Cristian Cruz	137
Camilo Muró	147
Felipe Moncada	155

Este libro se diseñó y diagramó en el sello editorial Casa de Barro San Felipe. Y se imprimió en la ciudad de Valparaíso en el mes de julio del 2019 en imprenta Alba. Para la portada se utilizó cartón dúplex de 250 gramos y para interiores papel bond ahuesado de 80 gramos.

